todavía su existencia no creen en su bondad ni en su perdón. El juicio, el infierno, la muerte inmediata acaso, no les impresiona lo más mínimo. ¿Qué hacer?

¡Cuántos sacerdotes experimentados en estos trances difíciles echan mano con éxito de este *último recurso a la Virgen*! Más de un pecador empedernido se ha doblegado al recuerdo de la Virgen -por los medios más sencillos: unas avemarías, un escapulario, una medalla...-, asociados acaso al de su otra madre, la de la tierra, la que le enseñó a rezar. Se diría que las dos, un poco al amparo la una de la otra, consiguen de Dios el gran milagro. Unas lágrimas de arrepentimiento por las mejillas, un alma para Dios ganada por la intercesión de la Virgen. Los ejemplos son numerosos y llenarían muchas páginas.

He ahí *la obra de María*. Ella *convierte pecadores*. Ella *hace santos*. Con todos, con los que se arrastran y con los que vuelan, realiza maravillas. Esas maravillas las realizará con cada uno de nosotros si nos decidimos a practicar de veras su devoción, a ser real-mente sus hijos.

5

NUESTRA DEVOCION A LA VIRGEN

Si María es nuestra Madre, *nosotros somos* también *sus hijos*. ¿No sentimos esa Maternidad espiritual de la Virgen? ¿No será, acaso, porque no cumplimos nuestros deberes, porque no nos portamos como verdaderos hijos? Si cada uno de nosotros dijera a la Virgen: "Muestra que eres mi Madre", ¿no podría Ella replicar con razón a más de uno: "Muestra tú, primero, que eres mi hijo?".

Todo lo que hasta el presente hemos explicado sirve para ilustrar el entendimiento, tal vez también para conmover un poco el corazón. Es la base, pero ahora tiene que actuar la voluntad libre de cada uno. No era otro el fin de estas páginas, y éste ha de ser el fruto de su lectura: plantar o renovar una *devoción* práctica, eficaz, completa, acomodada, sincera *hacia la Virgen Santísima*. En eso está todo. Que si nosotros sabemos ser sus devotos e hijos, Ella, a su vez, cumplirá sin falta con su papel. Y entonces se realizará eso de que quien halla a María, halla la vida y encuentra la salud del Señor (*Proverbios*, 8,35).

Cuando hablamos de *devoción*, muchas veces, no entendemos bien lo que queremos decir. Esa palabra significa "entrega". El hijo que se preocupa de su madre viuda y necesitada, que trabaja incansable y fuera de horas para sacar adelante la familia y que al fin de la semana le ofrece sus jornales, se ha "entregado" a su madre, vive para ella y pudiéramos decir, aunque no se emplee la expresión, que es devoto de su madre. Ahora se entiende ya qué sea ser devoto de la Virgen; no hay sino trasladar el ejemplo del terreno material al espiritual en que se mueven nuestras relaciones con Ella.

AFECTIVA Y EFECTIVA

La entrega y la devoción nuestra a la Virgen ha de ser doble. Afectiva y efectiva, es decir, del corazón y de las obras. Primero, *afectiva*. Hay que aspirar a "querer" realmente a la Virgen como se quiere a la propia madre, y mucho más, porque se trata de reproducir el amor filial que caracterizó la vida de Jesús. Hay que llegar a quererla con un amor espiritualizado, agradecido, espontáneo, sin violencia, como nacido de lo más íntimo del corazón, quererla como aquel santo, Estanislao de Kostka, que, preguntado una vez por qué quería tanto a la Virgen, respondía como extrañado: "¿No la he de querer, si es mi Madre?". O como aquel joven religioso que ofreció su vida cuajada de esperanzas por la venida de un mundo mejor. Quería tanto a María

que el día 1 de noviembre de 1950, en que se proclamaba el dogma de su Asunción a los cielos en cuerpo y alma , entusiasmado por la gloria de su Madre, disfrutando con su triunfo, escribía en su Diario: "Con mucho, el día más feliz de mi vida" (*) .

La devoción ha de ser, al mismo tiempo, *efectiva.* No basta el amor. Bastaría si realmente fuera verdadero; pero puede ser falso y engañoso. "Obras son amores y no buenas razones", dice el refrán, y con razón. No es verdadero el amor que no va acompañado de buenas obras. ¿Amar a María y causarla disgustos con nuestra conducta? No es verdadera devoción la del que dice flores a la Virgen, pero, luego, no cuida de sus actos. El devoto de la Virgen hace sólo y siempre lo que agrada a su Madre y evita a costa de cualquier sacrificio lo que la disgusta. Obra así porque quiere verla contenta. El amor que la profesa le da fuerzas para portarse bien. La verdadera devoción empuja, sí, a pensar en la Virgen, a acudir a Ella en las necesidades, a hablar de Ella, pero, sobre todo, arrastra al cumplimiento del deber y de las obligaciones propias de nuestro estado sean fáciles o difíciles, grandes o pequeñas, realizadas con la mayor exactitud posible y siempre por amor a Ella. Por eso, porque en el cumplimiento de la voluntad de Dios

---

(*) Publicó su biografía DEL RIO, S. I. Emilio: ¡*Nosotros firmes*!, Editorial Hechos y Dichos, Zaragoza (1954). Pueden verse las págs. 86, 97, 104 ss., 126 ss. y 150.

expresada por el deber de cada día se encuentra la perfección, por eso la devoción que aquí recomendamos es *camino segurísimo de santidad.*

IMITACION

Esta devoción efectiva debe, finalmente, conducir a la *imitación de la Virgen.* Mal podrá agradar a María quien no procure parecérsele más cada día. En este punto Jesús va delante de nosotros. El Hijo de la Virgen, por serlo verdaderamente, quiso parecerse a Ella en sus rasgos exteriores y fisonómicos. En virtud y santidad, claro está, nada tenía que aprender de su Madre, a la que El mismo había adornado con aquella plenitud de gracia de que hizo mención el Angel. Pero así como en otros aspectos de su vida quiso mostrarse semejante en todo a los demás hombres ejercitándose, por ejemplo, a las órdenes de San José en el manejo de las herramientas de carpintero, también aquí podemos piadosamente suponer que, al exterior, se complació en ir reproduciendo los rasgos de carácter, las virtudes de su Madre y que así, a su lado, en su escuela, era como "crecía en sabiduría, edad y gracia..." (*San Lucas*, 2,52).

Ya hemos indicado cómo la Virgen es eminente en todas las virtudes y, por consiguiente, *modelo completo.* Hay algunas, sin embargo, que principalmente sus devotos deberán cultivar. Tres virtudes que resumen el conjunto de relaciones del hombre con Dios, consigo mismo

y con los demás hombres. Son la piedad o el *amor de Dios*, la *pureza* y la *caridad*. Como fundamento de estas virtudes y de todas las demás, la *humildad* de que tan maravillosas muestras dió María en su vida, pero, principalmente, al ser elegida para Madre de Dios.

DEVOCION PARA TODOS

En cuanto llevamos escrito hemos insistido en *nuestro amor a la Virgen*, que debe ser correspondiente al que Ella nos profesa; hemos comparado nuestras relaciones a las de un hijo para con su madre, aunque transportándolas a un plano espiritual mucho más elevado y ampliándolas porque esa misma Maternidad de María es, como lo hemos también indicado, en su naturaleza y en sus funciones, muy superior a la mera maternidad natural.

Esas *razones de amor*, esos toques a la piedad filial pudieran hacer sospechar a alguno, aun sin motivo fundado, que la devoción a María se reduce a un puro sentimentalismo, propio, tal vez, de termperamentos afectivos y sensibles, que no dice bien con caracteres varoniles de jóvenes o de hombres que se enfrentan con las realidades y luchas de la vida.

La devoción que proponemos utiliza los resortes del amor y del corazón que se entusiasma por la Virgen, pero no se detiene en unas frases bien dichas ni en alabanzas delicadas. Si es sólida, empuja al *cumplimiento exacto del*

deber, a la adquisición de todas la *virtudes* y, en aras de la imitación de María, a la *imitación* lo más perfecta posible *de Jesús*. Esto es siempre heroico y propio también del más varonil carácter.

COMO ADQUIRIRLA

Llega el momento de preguntarse: ¿Cómo adquirir la devoción a la Virgen? Si es devoción de amor -de amor verdadero que exige y llega hasta el sacrificio- resulta claro que, previamente, ha de *conocerse y estimarse* aquello que, luego, se ha de querer. Hay, pues, que considerar la vida de la Virgen, sus principales misterios, hacérselos familiares, admirar sus virtudes y los privilegios que Dios le ha concedido, reflexionar sobre su actuación en nuestra vida, etc., etc. Las páginas que preceden y siguen, no devoradas rápidamente, sino meditadas con atención, pueden servir para ello y, también según se avanza en el conocimiento, los otros libros que se recomiendan más adelante. Así poco a poco, llegará uno a entusiasmarse con su Madre del cielo y, sin sentirlo, vendrá el amor.

Pero, no hay que olvidarlo, este amor y la devoción verdadera son *gracia del cielo*. Tan grande es esta gracia que muchos santos consideran la devoción a la Virgen como una de las *señales* más seguras *de salvación eterna*. De ahí que nos interesa tanto el conseguirla. Para ello nos servirán los medios que acabamos de seña-

lar; pero, sobre todo, debemos emplear el arma de la *oración* pidiendo a Dios, que tanto desea la honra de su Madre, con humildad, con confianza, con insistencia, esa gracia de ser verdaderos devotos de la Virgen. Hemos de repetir muy a menudo esta preciosa oración de San Anselmo: "**Oh buen Jesús, por el amor con que amas a tu Madre, concédeme la gracia de amarla de veras como Tú mismo verdaderamente la amas y quieres que sea amada**".

6

LA MANIFESTACION DE NUESTRA DEVOCION

De un hijo que quisiera mucho a su madre, pero nunca se lo manifestara, que nunca le diera un beso, que jamás le dirigiese unas palabras afectuosas y de cariño, diríamos que profesaba un amor muy extraño. Así también nuestra devoción a la Virgen habrá de exteriorizarse y concretarse casi necesariamente en ciertas manifestaciones. De ellas, en particular trataremos en la tercera parte. Aquí, por ahora, nos contentaremos con tocar varios puntos generales que terminarán de perfilar y completarán, entre todos, los rasgos de una devoción auténtica a la Santísima Virgen y que, además, serán los que presten a aquellas prácticas particulares su alma y su espíritu internos.

ORACION

La primera muestra de devoción, la más sencilla, la más fácil y la más corriente es, sin duda, la *oración*, el recurso a Ella. Para algunos

es también el único modo de devoción. No siendo de veras el único, tampoco debemos despreciarlo. ¡Cuántas almas sencillas llegan a una verdadera devoción e incluso a una gran santidad recitando Avemarías, desgranando las cuentas de un Rosario! No han aprendido otra cosa, pero son fieles a esa práctica. A ella recurren cuando quieren dar gracias, a ella para pedir favores, a ella cuando quieren alegrarse con María y festejar sus grandes días... Sin apenas darse cuenta están realizando continuos actos de fe, de esperanza y caridad, están practicando y asimilando las mejores virtudes. ¿Qué de extraño que Dios premie su fidelidad simplicísima hacia su Madre? Lejos de nosotros despreciar a esas personas que, sin descuidar sus obligaciones, saben ser santamente rezadoras. Al contrario, todos debemos rezar, y auque no mucho si nuestras obligaciones nos lo impiden, sí todos los días y siempre bien.

UN MODO DE VIDA.

Pero la verdadera devoción, naturalmente, llega a más. El verdadero devoto procura que el plan de Dios al darnos a la Virgen se cumpla perfectamente. Si Ella ha de ser maestra, trata de aprender. Si Dios quiso que fuera modelo, se esfuerza en imitarlo. Si es Madre, se porta como hijo... La devoción para éste no consiste en una serie de prácticas o, por lo menos, no consiste sólo en prácticas. Abarca mucho más. Para él

constituye todo un programa completo de vida o, mejor aún, es *un modo nuevo de vida.*

El devoto de la Virgen, el hijo de la Virgen, vive de una manera distinta a los demás. No se acuerda de Ella solamente a determinadas horas del día o en varias fiestas solemnes a lo largo del año, no. La Virgen se le hace presente siempre. Es todo para él.

En su *vida diaria* y corriente, en medio de sus ocupaciones, en los descansos del trabajo, hasta en sus recreos y diversiones piensa en Ella, habla con Ella y comunica con Ella en lo interior del corazón sus preocupaciones para tranquilizarse, sus dudas para encontrar solución, sus penas para consolarse... Y todo esto sin esfuerzo, espontáneamente, gustosamente... Naturalmente, no se consigue en un día, es obra del tiempo como la confianza con una persona que se va adquiriendo con el trato continuado. Poco a poco se avanza hasta perfeccionar cada vez la intimidad y lograr una devoción jugosa y, al mismo tiempo, propia, personal, acomodada a cada uno, a su carácter, a su manera de ser, a sus necesidades...

De hecho, la *experiencia de los grandes devotos* -en ocasiones almas sencillísimas con quienes tropezamos a nuestro lado por la calle-, demuestra que se puede llegar a una compenetración total. El que la consigue se siente defendido, amparado, protegido por la Virgen, crece en él la confianza en su ayuda, consecuencia de su amor maternal y, a su vez, ya no

se preocupa sino por la honra, la gloria y el triunfo de María, no desea sino que sea conocida por todos, amada por todos, y su mayor ilusión consiste en procurar que cada día Ella convierta mayor número de pecadores, gane nuevos corazones y mejores devotos, y con su devoción se formen grandes santos y vengan muchos bienes a la Iglesia de Dios.

CONSAGRACION

Quien vive así se dice que vive la *Consagración a la Virgen*, que es, sin duda, el grado más perfecto de devoción. ¿Qué significa consagrarse? Se consagra un cáliz que, desde ese momento, se aparta del uso corriente y profano y ya sólo sirve para el servicio sagrado del altar. Se consagran los sacerdotes y religiosos por su ordenación o por sus votos para ocuparse en adelante del culto y del servicio de Dios. Nos consagramos a la Virgen mediante una fórmula por la que ponemos toda nuestra persona -nuestro cuerpo, nuestra alma, los bienes todos que poseemos- a disposición de la Virgen, para que Ella, como buena Madre, disponga en lo porvenir de todo y con su protección sirvamos mejor a Dios nuestro Señor.

Entregamos el cuerpo, porque no queremos mancharlo con los pecados de esta tierra, a Ella, la Virgen Inmaculada, para que nos lo conserve siempre puro y casto. Y, para que así sea, le prometemos cuidar de la modestia y recato de

nuestros ojos, de nuestra lengua, de todos los sentidos como medios de defender nuestra pureza, apartándonos voluntariamente de cuanto pueda mancharla. Esa será nuestra parte en la batalla. El resto, lo principal, lo hará Ella. ¿No vemos cada día los milagros de pureza que su devoción produce? En nuestra época parece que todo, al exterior, se combina para combatir y destrozar esta virtud. Pero la Virgen suscita almas valientes. Como en los primeros años de la Iglesia acaba de subir a los altares una pequeña mártir de la castidad y, a su ejemplo, otras varias heroínas siguen ya las mismas huellas.

Entregamos el alma, es decir, nuestra memoria, nuestros pensamientos, nuestro corazón, nuestra voluntad, para acordarnos de sus favores, para pensar en Ella, para no hacer ni querer, en adelante, sino lo que sabemos y suponemos que Ella quiere y lo que a Ella y, por tanto, a su divino Hijo, más ha de honrar y glorificar.

Entregamos a la Virgen *nuestros bienes*. Pero ¿qué es lo que poseemos? Tenemos bienes exteriores e interiores. Todos se los entregamos. Los *exteriores*: riqueza, salud, amistades... Se los entregamos. ¿Qué quiere esto decir? Que puede hacer con ellos lo que prefiera. Sabemos que los depositamos en buenas manos. No nos preocupamos por su suerte. Lo que en adelante nos suceda en cualquier orden de cosas, los contratiempos, enfermedades, disgustos, etc., que nos sobrevengan, nos dolerán quizá porque so-

mos hombres, pero no serán capaces de quitarnos la paz ni nos inducirán a desesperaciones por fuertes, repetidos o duraderos que sean. La confianza de que Ella, que es nuestra Madre, se ocupa de nosotros nos ha de bastar para aceptar así, con paz y hasta con agrado lo que, dispuesto por Dios, no puede convertirse sino en provecho y bien espiritual del alma.

Ofrecemos también a la Virgen nuestro *bienes interiores*, el mérito que con nuestras buenas obras o las oraciones de otros podamos alcanzar. Ella es Madre de todos los hombres y conoce las miserias de cada cual. Le damos licencia para que se presente con aquellos méritos ante su Hijo, Jesús, y se los ofrezca, por los que sufren en el purgatorio... Al obrar de esta manera sabemos que no saldremos perdiendo, que nuestra parte está asegurada. Ella misma, cuya honra procuramos al proporcionarle ocasión de ejercitar su oficio de Mediadora, de Refugio de los pecadores y Consoladora de los afligidos, Ella misma intercederá por nosotros de nuevo cuando nos veamos necesitados.

Esta es la *verdadera devoción* a la Virgen. Es, como antes dijimos, una nueva manera de vivir. La mejor manera de vivir. La más segura manera de vivir....

7

POR MARIA A JESUS

El supremo ideal del cristiano es Jesucristo. A El debemos tender con todas nuestras fuerzas. En asemejarnos a El se encuentra la máxima perfección. Según esto, no hay duda de que si la devoción a la Virgen no condujera y acercara, en último término, a Jesús, tendría en si misma un fallo importante, ni sería completa ni conveniente. Y si, por un acaso, apartara a los fieles de Jesucristo, sería gravemente peligrosa.

Pero ¿podrá siquiera caber esta duda? Porque ocurre, precisamente, todo lo contrario. *La devoción a la Virgen conduce*, necesariamente, *a Jesús.* Son varias las razones y argumentos que prueban esta afirmación.

La primera podría ser histórica. Recorramos la *vida de Cristo.* Siempre lo encontramos, en los momentos cumbres, con su Madre. Ella lo muestra a los pastores que llegan presurosos al portal de Belén, y también a los Magos. Cuando, a los cuarenta días, en el Templo de Jerusalén, el Niño ofrece su vida al Padre por nuestra salvación, es Ella quien lo sostiene en sus brazos, y de ellos lo recoge el santo anciano Simeón, que reconoce al Salvador del mundo. Siguen las escenas de la huída de Egipto, de los largos años en el retiro silencioso de Nazaret, el milagro de las

bodas de Caná, realizado a instancias de la Madre del Mesías... Ha llegado el instante doloroso de la Pasión. Todos le han abandonado. Solo la Virgen se atreve a acompañar a su Hijo y en su heroísmo arrastra a unos pocos, San Juan entre ellos, a quienes enseña de nuevo el camino de Jesús. Por la senda de María, Jesús siempre al fin de la jornada. La regla no tiene excepción. Y si por el camino que conduce al sepulcro corren las mujeres, pero no la Virgen, es porque Jesús, resucitado ya, no se encontraba allí

Lo que ocurrió en vida de Cristo y de su Santísima Madre no es un símbolo solamente. Eso mismo se repite ahora. Ya nos hemos referido a todos esos que, a última hora, gracias a Ella, han alcanzado el perdón de sus pecados. ¡Han encontrado a Jesucristo! Pero la devoción a la Virgen cuando no se reduce a meras fórmulas, sino que es sincera y verdadera, según explicamos, lleva necesariamente a la más estrecha *unión con Jesús*, es escuela de santidad. Y los más *devotos de la Virgen* son también los grandes *enamorados de Jesucristo.*

¿Cómo podemos extrañarnos de este resultado final? La verdadera devoción lleva a la imitación del modelo. Y si, en nuestro caso, ese modelo es, a su vez, la imitación más perfecta de Jesús, nosotros al imitar y asemejarnos a la Virgen, nos asemejamos sin querer a su Hijo. En esto radica la principal eficacia de la devoción a la Virgen.

Pero además, y para que resalte más claramente ese efecto final al que ahora nos referimos, diremos que hay un modo de devoción a María que contribuye mucho al logro de este acercamiento a Jesucristo. Consiste en procurar imitar en todo la *piedad filial del mismo Jesús para con su Madre.* Nos hemos dado cuenta de lo que la Virgen supone para nosotros; queremos honrarla, amarla, servirla... ¿Cómo lo haremos? Como lo hacía Jesús. ¿Hay alguien que mejor pueda enseñarnos a honrar a María, que haya querido más a la Virgen, que se haya preocupado tanto por Ella? En esta asimilación, en esta imitación de Jesús, que se convierte según este sistema en requisito para la verdadera devoción, se abre un campo amplísimo a nuestro trabajo fervoroso. Si lo recorremos terminaremos siendo devotos de la Virgen, pero no de cualquier manera, sino como lo era su propio Hijo, con el consiguiente agrado y satisfacción suya y de su Madre.

Para los que así practican la devoción cobra un sentido y valor muy especial la preciosa oración con que dábamos fin al apartado quinto. No piden a Jesús solamente el amor a la Virgen o, por lo menos, un amor cualquiera, sino precisamente le piden la gracia de amarla con la misma ternura, fidelidad, sacrificio, con el mismo amor de Hijo, en cuanto sea posible, con que El mismo le amó.

En todo caso, sean cuales sean las características particulares de nuestra devoción,

no hay miedo alguno. *El que sigue a María encuentra a Jesús* (*) Hay una conexión entre ambas devociones, entre ambos amores. Por eso, si antes pedimos a Jesús el verdadero amor de María, del mismo modo ahora podemos implorar de Ella la fidelidad a Jesús: "**Virgen fidelísima, dame la gracia de ser siempre fiel a Jesús en el destierro de aquí abajo, para que luego pueda amarle y contemplarle contigo por toda la eternidad**".

(*) He aquí lo que dice un misionero, gran devoto de la Virgen: "Tu sabes Madre mía, que en los días calientes de mi noviciado, yo siempre me encontraba hablando contigo y, a cualquier hora del día, podía sorprenderme con tu imagen bendita en mi imaginación y el Avemaría en mis labios.... Ahora ya no es así: Ahora encuentro en Jesucristo tanto que admirar y tanto que amar, que ya no me queda tiempo ni atención para estar siempre contigo. Tu tienes la culpa, Madre: Tu me has traído a Jesús, Tu me has enseñado a mirarle... ¡Feliz culpa, Madre mía! "(MARTINEZ, S.I., José Julio: *Mi respuesta al Amigo*, El Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao, pág. 14.).
No es éste un caso único o extraordinario. Parecidas experiencias han conocido otros muchos. Un joven religioso, refiriéndose a las relaciones entre las devociones a la Virgen María y al Corazón de Jesús, nos escribía así: "Si algunas temporadas me cuesta vivir la Consagración (al Sagrado Corazón) la práctica, para mi infalible, es ésta: vivir algunos días con la Santísima Virgen y, sin darme cuenta, me lleva de nuevo al Sagrado Corazón."

En resumen: quien profese verdadera devoción a la Virgen que no la abandone, sino la fomente y cultive cuanto pueda. Si quiere puede añadir una súplica constante a la Señora para que la devoción produzca cuanto antes sus últimos frutos: "**Haz que arda mi corazón en el amor de Cristo para que en todo le agrade**" *(Secuencia de la Misa de la Virgen de los Dolores)* (*) .

(*) Todos, incluso los seglares, pueden aspirar a las gracias que se piden en esta oración compuesta por un jesuita para rezarla diariamente, antes o después de la Comunión:
Virgen Santísima: yo creo firmemente que eres mi Madre del cielo y que me quieres como a hijo. Por eso vengo a Ti lleno de confianza. Si lo que te voy a pedir se lo pidiera a mi madre de la tierra, estoy seguro de que me lo concedería si en su mano estuviera. No lo está, pero sí en las tuyas. ¿Me lo vas a negar? Madre mía: enséñame el camino de Jesús, dame a Jesús como a los pastores de Belén. Haz que cada vez le quiera más, me acuerde más de El, hable con El con mayor confianza en el Sagrario y en el interior de mi alma. Haz que cada vez le siga más de cerca, le imite mejor, me parezca más a El, le irradie mejor a los demás. Que confíe y me abandone plenamente en su Sagrado Corazón, creciendo cada día en esta devoción con actos de adoración, de sacrificio y reparación y de amor para que así llegue a ser muy santo y por mi medio se sirva El convertir y salvar muchas almas. Así sea.

Quien, en cambio, no tenga aún esta devoción, que la consiga a costa de cualquier esfuerzo de insistente súplica. Y que uno y otro vivan tranquilos sabiendo que si son devotos de la Virgen, son devotos de Cristo y de su Corazón porque han elegido, precisamente, el mejor camino para amarle.

TERCERA PARTE

EJERCICIO DE LA DEVOCION

No todas las prácticas que proponemos a continuación son para todos. No sería posible ni, muchas veces, conveniente. Cada cual, siguiendo, por ejemplo, el consejo de su director espiritual o confesor, deberá elegir entre ellas las que más se acomoden a las circunstancias de tiempo y de carácter, a su edad y estado. Pero, eso sí, alguna o algunas se han de elegir y practicar porque, si bien la devoción es principalmente interior, caso de ser verdadera se manifiestará también exteriormente en una u otra forma. Todos los ejercicios, oraciones, etc., que explicamos, están acreditados por la aprobación de la Iglesia y la experiencia de muchos años y numerosos santos; realizados con fervor y atención, perseverando en ellos con constancia, producirán en nuestras almas los frutos que la devoción a la Virgen, de que son expresión, lleva siempre consigo.

1

NUESTRO DIA MARIANO

El hijo de la Virgen, que quiere honrarla y espera confiado su protección, es claro que ha de orientar la jornada entera y ha de hacerla girar alrededor de su Madre. En este pensar en la Virgen y acudir a Ella hay, naturalmente, muchos grados. Aquí vamos a ir proponiendo varias devociones diarias, subiendo de unas obligaciones mínimas a otras más detalladas para que cada cual las vaya haciendo suyas a medida de sus posibilidades, de su amor a la Virgen y de las inspiraciones de la gracia de Dios.

El *programa mínimo* de devoción mariana quedaría reducido a un recuerdo al empezar y terminar el día. Por lo menos eso no debe faltar nunca. Por la *mañana* todo cristiano debe saludar al Señor, darle gracias por el nuevo día que le concede y ofrecerle todas sus oraciones, obras, trabajos y sufrimientos. Hay una fórmula que muchos rezan y es muy recomendable -la del *Apostolado de la Oración*- en la que ya se asocia a la Virgen junto al Corazón de Jesús en nuestro ofrecimiento (*).

(*) **Oh Corazón divino de Jesús: por medio del Corazón Inmaculado de María Santísima os**

Sin embargo, bien se merece Ella otra mención especial. Ninguna mejor, tal vez, como esta oración que viene a ser un resumen de la Consagración a María:

Oh Señora mía, oh Madre mía: yo me entrego del todo a Vos, y en prueba de mi filial afecto os consagro en este día mis ojos, mis oídos, mi lengua, mi corazón; en una palabra: todo mi ser. Ya que soy todo vuestro, oh Madre de bondad, guardadme y defendedme como cosa y posesión vuestra. Amén.

Si alguno prefiere podría sustituir esa fórmula por la siguiente, no menos conocida y devota:

Bendita sea tu pureza y eternamente lo sea, pues todo un Dios se recrea en tan graciosa belleza; a Tí, celestial princesa, Virgen Sagrada María, te ofrezco desde este día alma, vida y corazón. Mírame con compasión, no me dejes, Madre mía.

Las dos contienen un saludo a la Virgen, la entrega y consagración de toda nuestra persona y una súplica de protección y socorro para todo el día.

---

ofrezco las oraciones, obras y sufrimientos de este día para reparar las ofensas que se os hacen y por todas las intenciones por las cuales os inmolais continuamente en el altar. Os las ofrezco en particular por las intenciones del Apostolado de la Oración y por las señaladas por el Papa para el presente mes.

Antes de acostarse, después de haber examinado, siquiera sea rápidamente, los actos del día y de haber pedido perdón a Dios, arrepentidos de nuestros pecados, una última mirada a la Virgen nos traerá la confianza y la paz. Ya lo hemos recordado antes: ¡a cuántos han salvado las *tres Avemarías de la noche!* Por ningún motivo debe nadie nunca omitirlas. Ni el cansancio o el sueño, ni la enfermedad, ni los pecados..., nada debe ser capaz de impedirnos rezar esas tres Avemarías, garantía de nuestra salvación. Puede ayudar al fervor el rezarlas ante una imagen de nuestra Virgen preferida -la de nuestro pueblo, de nuestro Colegio, etc.- que convendría tener siempre en la habitación (*). Todavía, en la cama, se puede tener un último pensamiento dirigido a la Virgen. Es muy propia de ese momento esta invocación:

Por tu Inmaculada Concepción y por tu Virginidad sin mancha, oh Virgen Purísima, te suplico que purifiques mi corazón, mi alma y mi cuerpo, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

(*) Otra costumbre buenísima es la de llevar en la cartera una estampa pequeña de la Virgen como quien lleva el retrato de su madre. A más de uno el haberla visto como por casualidad en un momento oportuno le ha librado de un mal paso.

mientras se hace la señal de la Cruz; o estas otras, que quiera Dios sean también las que repitamos a la hora de la muerte:

Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía; -asistidme en mi última agonía; -con vos descanse en paz el alma mía.

Otras muchas prácticas podemos ofrecer a la Virgen. Algunas nada cuestan y son brevísimas. Pero valen mucho en cuanto suponen de recuerdo continuo. Por ejemplo, la costumbre que muchos tienen de rezar *un Avemaría al dar la hora* el reloj. Es cosa que se puede hacer privadamente, en silencio y sin que nadie se entere, cualquiera que sea el sitio o la ocupación en que nos encontremos. Práctica que levanta el alma desde lo bajo de la tierra que pisamos y desde las preocupaciones de la vida hasta el cielo que nos aguarda en lo alto.

Antiguamente todos los fieles rezaban el *Angelus* tres veces al día, al levantarse, al mediodía y, finalmente, al atardecer. Hay cuadros célebres que representan la escena. Hoy los campanarios de bastantes pueblos y ciudades siguen repicando, pero la costumbre se va perdiendo lamentablemente. Habría que resucitarla. Empecemos nosotros. Recémoslo en nuestras casas, se conmemora aquel momento en que Dios bajó al mundo para salvarnos y se hizo Hombre eligiendo a María por Madre. He aquí la fórmula en castellano:

- **El Angel del Señor anunció a María. -Y concibió por obra del Espíritu Santo.** (*Avemaría*).

- **He aquí la Esclava del Señor. -Hágase en mí según tu palabra.** (*Avemaría*).

- **Y el Verbo se hizo carne. -Y habitó entre nosotros.** (*Avemaría*).

- **Ruega por nosotros, santa Madre de Dios. -Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de Jesucristo.**

- *Oración*: **Te suplicamos, Señor, que derrames tu gracia en nuestras almas, para que los que por el anuncio del Angel hemos conocido la Encarnación de tu Hijo Jesucristo, por su Pasión y su Cruz seamos llevados a la gloria de su Resurrección. Por el mismo Jesucristo nuestro Señor. Amén.**

Durante el *tiempo pascual*, es decir, desde la mañana del día de Pascua hasta la tarde del domingo de Pentecostés, se dice, en lugar del Angelus, el *Regina Coeli*:

- **Reina del cielo, alégrate, aleluya; - porque el que mereciste llevar aleluya.**

- **Resucitó según lo predijo, aleluya; -ruega por nosotros a Dios, aleluya.**

- **Goza y alégrate, Virgen María, aleluya; - porque resucitó verdaderamente el Señor, aleluya.**

- *Oremos*: **Oh Dios, que mediante la resurrección de tu Hijo nuestro Señor Jesucristo te dignaste alegrar al mundo: concédenos, te rogamos, que por intercesión de su Madre la Virgen María, alcancemos los gozos de la vida eterna. Por el mismo Jesucristo, Señor nuestro, Amén.**

Hay otro momento del día que para los devotos de la Virgen suscita santos recuerdos, *las tres de la tarde*, hora en que Jesús moría en la Cruz, presente María ofreciendo el sacrificio para bien de los hombres. Entonces fue cuando Cristo llamó a su Madre, Madre nuestra y a nosotros sus hijos. Pudiéramos, pues, santificar esa hora con la siguiente oración:

Oh Divino Jesús: nos trasladamos en espíritu al monte Calvario para pediros perdón por nuestros pecados que son la causa de vuestra muerte. Os damos gracias, Señor, por haber pensado en nosotros en aquel momento solemne y habernos constituído hijos de vuestra propia Madre: Virgen Santa: mostraos nuestra Madre acogiéndonos bajo vuestra especial protección. San Juan: sed nuestro Patrono y nuestro modelo y alcanzadnos la gracia de imitar vuestra piedad filial para con María nuestra Madre. Amén.

A lo largo de la jornada puede haber *momentos difíciles*: preocupaciones, disgustos, dolores y, sobre todo, tentaciones que ponen en peligro nuestras almas. Jesús nos ha recomendado la oración para no caer en la tentación. Los devotos de la Virgen, en esas situaciones, acuden espontáneamente a María para que Ella misma, con toda fuerza de su intercesión, sea la que pida las gracias necesarias. Cualquiera de las oraciones y súplicas que aquí se enseñan puede servir. Es más: si bien son recomendables las fórmulas aprobadas por la Iglesia, enriquecidas con indulgencias, sin embargo, puede también

valer una súplica ferviente improvisada, salida del corazón angustiado (*). Entre aquellas, además del *Ave María* y la *Salve*, sirve la oración que comienza con las palabras *"Bajo tu amparo..."* (véase el apartado 2, después de las Letanías), y la que compuso San Bernardo, el *"Acordaos"* (apartado 6). Pero se pueden emplear también otras fórmulas más breves, por ejemplo ésta:

Oh María, mi buena Madre, líbrame en este día (o en esta noche) del pecado mortal que algunos suelen siempre añadir a sus tres Avemarías al levantarse o acostarse; o esta otra:

Oh María, sin pecado concebida, rogad por nosotros que recurrimos a Vos.

Lo importante es ese recurso a la Virgen que, además de alejar el peligro, da garantía de no haber aceptado la tentación poniendo los medios más adecuados para resistirla, con lo que el alma queda tranquila.

Es muy buena costumbre la de *visitar diariamente al Santísimo* en alguna Iglesia. Bastan unos minutos, un entrar y salir para saludar a Jesús y hablar un rato con El, contándole las necesidades del alma y del cuerpo, agradeciéndole sus beneficios y pidiéndole las gracias

---

(*) Casi todas las oraciones y fórmulas que recogemos están aprobadas. Cuando se trata de oraciones privadas o particulares ya lo indicamos.

necesarias para sí mismo y para los demás, para la Santa Iglesia, para la conversión de los pecadores e infieles, etc. Cada una de esas visitas debe comenzar o terminar con otro *saludo a la Virgen*. No encontraremos una iglesia sin una imagen suya. Ella nos inspirará lo que tenemos que decir y pedir a su Hijo. Por complacerla prometeremos fidelidad a los mandamientos del Señor, a nuestras obligaciones de estado. Su recuerdo y su mirada de Madre cariñosa renovarán nuestra devoción y el frescor del alma, un poco ajado quizá por los azares del día. En muchas ciudades y pueblos habrá, sin duda, un *templo* especialmente dedicado a Ella, donde se venera una *imagen de particular devoción*. Buena costumbre será la de hacer allí la visita, si no hay dificultad mayor, por ejemplo, los sábados y otros días dedicados a su culto. Son éstas delicadezas de buen hijo que la Virgen agradece y premia.

Finalmente, no olvidaremos el recomendar otra práctica que también supone un recuerdo delicado. Algunos la llaman la *flor de María* y consiste en ofrecerle diariamente un obsequio, aunque sea pequeño, como prueba de devoción y de amor. Un día será el ejercicio de un acto de virtud, otro consistirá en evitar un defecto, en practicar una mortificación o un sacrificio, etc. Al realizar el acto, o por la noche, se le ofrece a la Virgen y, si se prefiere, se puede apuntar también diariamente para comprometerse

más. Todos podrán encontrar, según los diversos estados de su vida, infinidad de pequeños obsequios que constituirán su flor diaria a María.

2

EL SANTO ROSARIO

He aquí *la más característica de las devociones marianas*. La que la misma Señora en Lourdes y Fátima - por referirnos sólo a nuestros tiempos- ha recomendado con insistencia, vinculando a su rezo promesas y gracias sin cuento. ¿Qué de extraño si, desde los tiempos del glorioso fundador Santo Domingo, tantos santos han practicado y elogiado esta devoción y los Sumos Pontífices la han encarecido, como San Pío X, que deseaba se rezase en familia si no era posible hacerlo en la Iglesia?

A través de los siglos, Dios ha otorgado al mundo *importantes favores* por el rezo del Rosario, y hoy también se puede esperar confiadamente que sea éste el medio de que se valga para el resurgimiento de la fe y piedad en el pueblo, para la desaparición de las divisiones y odios entre las naciones, para que los hombres se aparten del pecado y cesen los males que lamentamos.

El Santo Rosario es un modo de honrar a la Virgen, compuesto de *quince decenas* de Avemarías (normalmente se suelen rezar solamente cinco decenas cada día), separadas por el Padrenuestro, mientras se meditan o recuerdan otros tantos *misterios* de la vida de Cristo o de la

Virgen, uno en cada decena. Componen, pues, el Rosario las principales oraciones que tiene la Iglesia. El *Padrenuestro*, enseñado a sus Apóstoles por el mismo Jesucristo y que contiene siete peticiones para todas las necesidades que podemos experimentar. El *Avemaría*, saludo del Angel y de Santa Isabel a la Virgen. El *Gloria* al Padre, que se añade al fin de cada decena, es un canto semejante al de los ángeles y bienaventurados en el cielo, por el que proclamamos la gloria de Dios, saludando y ensalzando a la Santísima Trinidad. Todas estas oraciones las repetimos una y otra vez, hasta ciencuenta Avemarías, cumpliendo así esa condición que deben tener nuestra súplicas para ser escuchadas, es decir, la constancia, la perseverancia. ¿Cómo podrá desoir Dios nuestra llamada, sobre todo si le llega tan repetida y por medio de su Madre?

Pero, además, por la consideración de los misterios, se va recorriendo la *vida de Jesucristo y de la Virgen*, a quienes día tras día se conoce mejor, se llena el alma de agradecimiento por todo cuanto por su salvación realizaron, y arde uno en deseos de amar y de imitar esos modelos santísimos.

Bien se ve, pues, cómo el Rosario es una *oración completísima* -vocal y mental a la vez- y que ha de traer al alma innumerables bienes. Por eso tiene concedidas *indulgencias* que se obtienen rezándolo con un Rosario bendecido por un sacerdote facultado para ello.

No queda sino animarse a practicar esta devoción. Si puede ser, como arriba lo indicamos ya, *en familia*, todos reunidos, eligiendo para ello una hora fija, antes o después de cenar, por ejemplo. En algo más de quince minutos puede rezarse muy bien. Y si no es posible en familia, récese en privado, pero, una vez adquirida la costumbre procúrese no omitirlo nunca.

¿Cómo rezar bien el Rosario? La experiencia demuestra que muchas veces no se reza como es debido y se malgasta un tiempo precioso, desaprovechando las gracias que pudiéramos alcanzar. La prisa, la poca atención a lo que se dice, la rutina de todos los días, la repetición de las mismas oraciones... todo contribuye. Y, así, muchos piensan que es muy aburrido rezar el Rosario. La razón es porque no saben rezarlo.

El Rosario es una *combinación de oraciones vocales y de oración mental o meditación.* Hay que pronunciar las palabras y pensar en los misterios. Si se hace así no resulta aburrido el rezo. Pero pueden, ciertamente, encontrarse dificultades.

¿Cómo juntar la meditación y la oración vocal? *Hay diversos procedimientos.* Indicaremos varios: el primero consiste en *detenerse un instante al principio de cada decena.* Se considera brevemente el misterio que se acaba de proponer y luego se sigue por el rezo normal de las oraciones vocales.

2º Sin detenerse al principio se puede *pensar en el misterio suavemente durante el mismo rezo*, porque no es necesario fijarse en el sentido de cada una de las palabras.

3º Prefieren otros *recordar el misterio al repetir alguna o algunas de las palabras*: por ejemplo, en la primera parte del Avemaría, al decir"...bendito es el fruto de tu vientre, *Jesús*", o en la segunda: "... *Madre de Dios*", recordar la escena de la vida de Jesús o de la Virgen que se considera.

4º Según los diversos misterios la *consideración* o detención (basta un instante, sin que se note exteriormente) puede hacerse en *una u otra de las palabras*. Pondremos algunos ejemplos. En el primer misterio gozoso -la Encarnación- en las palabras del Angel: *Dios te salve...*; en el segundo -Visitación- en las de Santa Isabel: *Bendita tu eres...*; en el tercero -Nacimiento-: *Madre de Dios...*; en el cuarto glorioso -la Asunción-: *ruega... en la hora de nuestra muerte*, etc.

5º Es útil recordar que el *Avemaría consta de dos partes*: la primera es una *alabanza*, un saludo a la Virgen; la segunda, desde el "Santa María" es más bien una *petición*, una súplica. Puede uno, pues, en la primera parte bendecir a María en el paso de la vida que se considere, pedir en la segunda, por ejemplo, la virtud que en el misterio Ella o Jesús más claramente practiquen. Por eso, más abajo, junto a su enunciación, indicamos lo que denominamos *fruto del misterio*, a

saber, la gracia que principalmente se puede solicitar. En algunos sitios se suele decir en voz alta después de enunciar el título del correspondiente misterio.

Todos estos métodos, claro está, se pueden combinar entre sí acomodándoe a la devoción de cada uno.

También cada una de las invocaciones de las *Letanías* -con que se suelen dar fin al rezo del Rosario- consta de dos partes: un título de la Virgen o una alabanza y una súplica repetida. Para rezarlas bien basta, pues pensar que estamos dirigiendo una serie de bendiciones, de "flores" a María y que le pedimos su protección. Pero tampoco resulta difícil, al recitar las invocaciones, darse cuenta de su sentido y pedir, intencionadamente, la gracia correspondiente.

Hay otros *medios* que ayudan mucho para rezar bien y con devoción y fruto del Santo Rosario.

En primer lugar ponerse a *rezar en compañía de María.* Si en algún momento del día hemos de sentirnos cerca de la Virgen es en éste, sabiendo que más que nunca entonces ha de interceder ante Jesús para alcanzarnos las gracias que necesitamos. Pensar en estas ideas inmediatamente antes de empezar el rezo que nunca debe comenzarse sin más ni más, sin un corte previo de las ocupaciones y preocupaciones anteriores. Y durante el rezo no charlar, ni mirar todo lo que pasa, ni buscar vo-

luntariamente distracciones, las cuales,y muchas veces sin pretenderlo, ya vendrán solas. Entonces *hablar con la Virgen* y rogarle que sea Ella la que rece por nosotros, tan imperfectos y tan débiles, tan pobrecitos. Eso es, precisamente lo que decimos cincuenta veces: "Ruega por nosotros, pecadores...". Esta ha de ser también nuestra confianza: ya que no a nosotros, siquiera a la Virgen atenderá ciertamente el Señor.

A muchos ayuda el imaginarse que están *ante una imagen de María* por la que sienten devoción o en uno de sus santuarios (*). Quienes hayan estado una vez en Lourdes o en Fátima no podrán olvidar la impresión que allí se siente. Allí se respira la fe, allí se vive la presencia de la Virgen, allí se reza bien sin remedio, por necesidad. Esa impresión se puede reavivar. Espiritualmente puede uno trasladarse a esos santos lugares, unirse a los que, tal vez en el mismo

---

(*) La Virgen es una, la Madre de Dios. A Ella se dirige, pues, nuestra devoción. Pero el mismo Dios para facilitar nuestro trato y para que la Virgen quede más cerca de nosotros, ha querido que se manifieste en diversidad de advocaciones y bajo muy diferentes títulos. Podemos, por tanto preferir sin miedo a una u otra de esas Vírgenes, la que más cariño nos inspire, sabiendo que en ello no despreciamos a las demás, pues una misma es siempre Ella, que recogerá en todos los rincones del mundo, por esa misma variedad, el afecto de sus hijos

instante, rezan en ellos y participar así de la devoción y fervor sentidos en otro tiempo.

Antes de comenar el rezo es muy conveniente proponerse una *intención general* por la que se ofrece el Rosario: necesidades espirituales o materiales propias, resolución de dificultades o problemas, asuntos familiares, difuntos queridos, etc. A la Virgen gusta mucho, sin embargo, que no nos acordemos tan sólo de nosotros y de los nuestros. Es el momento de ampliar las miras y *rezar con sentido apostólico*. Hay que pedir a menudo por la renovación del mundo, por las intenciones del Papa, por la conversión de los paganos y herejes, por los misioneros, por la santidad de los sacerdotes y religiosos, por los pecadores, por la vuelta de los obreros apartados de la Iglesia, por la conversión de Rusia, por el reinado de los Corazones de Jesús y de María, por la prosperidad de la Nación, por las almas del purgatorio, en especial por las más abandonadas, etc.

Si se prefiere y no distrae demasiado la atención de la consideración del misterio, que ha de ser la principal, se puede también ir fijando sucesivamente una de dichas intenciones para cada decena en lo que algunos encontrarán un medio de renovar el fervor a lo largo del rezo.

Indicamos finalmente, el modo ordenado de rezar el Santo Rosario:

- **Por la señal...**
- **Señor mío Jesucristo** (Acto de contrición).

- Dígnate que te alabe, Virgen Sagrada.- Dame valor contra tus enemigos.

- Señor, abre mi boca. - Y mi boca pronunciará tus alabanzas.

- Dios mío acude en mi auxilio. - Señor, apresúrate a socorrerme.

- Gloria al Padre...

- María, Madre de gracia, Madre de Misericordia, defiéndenos del enemigo y ampáranos en la hora de nuestra muerte. Amén.

MISTERIOS GOZOSOS

(lunes y jueves)

1º. - **La Encarnación del hijo de Dios** (Fruto del misterio: la humildad)

2º. - **La Visitación de Nuestra Señora a Santa Isabel** (la caridad).

3º. - **El Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo** (el amor de la pobreza).

4º. - **La Purificación de Nuestra Señora y la Presentación del Niño Jesús en el Templo**
(la pureza y obediencia).

5º. - **El Niño perdido y hallado en el Templo**
(la búsqueda de Jesús).

MISTERIOS DOLOROSOS

(martes y viernes)

1º . - **La oración de Jesús en el Huerto de los Olivos** (el dolor de los pecados).

2º. - **La flagelación de Nuestro Señor Jesucristo** (la mortificación de los sentidos).

3º. - **La corona de espinas** (el amor a las humillaciones y el desprecio del mundo).

4º. - **Jesús con la Cruz a cuestas** (la paciencia en las adversidades).

5º . - **La crucifixión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo** (el amor de Jesús).

MISTERIOS GLORIOSOS
(miércoles, sábados y domingos)

1º. - **La Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo** (la fe)

2º. - **La Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo** (el deseo del cielo)

3º. - **La venida del Espíritu Santo** (el celo de las almas).

4º. - **La Asunción de Nuestra Señora a los cielos** (la buena muerte y la devoción a María).

5º. - **La coronación de Nuestra Señora** (la perseverancia final).

Cada misterio, se compone de *un Padrenuestro, diez Avemarías y un Gloria al Padre.* Entre decena y decena se suele repetir la invocación: **María Madre de gracia**..., o, si se prefiere, esta otra enseñada y recomendada especialmente por la Virgen de Fátima en una de sus apariciones: **Oh Jesús, perdónanos nuestas**

culpas y preséévanos del fuego del infierno; lleva al cielo todas las almas, especialmente las más necesitadas de tu misericordia.

Acabados los cinco misterios se añade un *Padrenuestro* y luego:

- **Dios te salve, María, Hija de Dios Padre, Virgen purísima y castísima antes del Parto, llena eres de gracia...**

- **Dios te salve, María Madre de Dios Hijo, virgen purísima y castísima en el Parto, llena....**

- **Dios te salve, María, Esposa del Espíritu Santo, Virgen purísima y castísima después del Parto, llena....**

- **Dios te salve, María, Templo y Sagrario de la Santísima Trinidad. Gloria al Padre...**

Se santigua uno con la cruz o medalla del Rosario y se comienzan las

LETANIAS A NUESTRA SEÑORA

Señor, ten misericordia de nosotros.
Cristo, ten misericordia de nosotros.
Señor, ten misericordia de nosotros.
Cristo, óyenos.
Cristo, escúchanos.

Dios, Padre celestial, ten misericordia de nosotros.

Dios, Hijo Redentor del mundo, ten misericordia de nosotros.

Dios, Espíritu Santo, ten misericordia de nosotros.

Trinidad Santa, que eres un sólo Dios, ten misericordia de nosotros.

Santa María, ruega por nosotros (la misma respuesta en adelante).

Santa Madre de Dios,
Santa Virgen de las Vírgenes.
Madre de Cristo.
Madre de la divina gracia.
Madre purísima.
Madre castísima.
Madre intacta.
Madre incorrupta.
Madre amable.
Madre admirable.
Madre del Buen Consejo.
Madre del Creador.
Madre del Salvador.
Virgen prudentísima.
Virgen digna de reverencia.
Virgen digna de alabanza.
Virgen poderosa.
Virgen clemente.
Virgen fiel.
Espejo de justicia.
Trono de la sabiduría.
Causa de nuestra alegría.
Vaso espiritual.
Vaso digno de honor.
Vaso insigne de devoción.
Rosa mística.
Torre de David.
Torre de marfil.
Casa de oro.
Arca de la alianza.
Puerta del cielo.
Estrella de la mañana.
Salud de los enfermos.
Refugio de los pecadores.
Consoladora de los afligidos.
Auxilio de los cristianos.

Reina de lo Angeles.
Reina de los Patriarcas.
Reina de los Profetas.
Reina de los Apóstoles.
Reina de los Mártires.
Reina de los Confesores.
Reina de las Vírgenes.
Reina de todos los Santos.
Reina concebida sin pecado original.
Reina subida al cielo en cuerpo y alma.
Reina del Santísimo Rosario.
Reina de la paz.

Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo, perdónanos, Señor.

Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo, escúchanos, Señor.

Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo, ten misericordia de nosotros.

- **Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios. No desprecies las súplicas que te dirigimos en nuestras necesidades, antes bien, líbranos de todos los peligros, Virgen gloriosa y bendita.**
- **Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios.**
- **Para que seamos dignos de las promesas de Jesucristo.**
- *Oremos:* **Concédenos, Señor Dios, te rogamos, a nosotros tus siervos, que gocemos de perpetua salud del alma y cuerpo; y por la gloriosa intercesión de la bienaventurada siempre Virgen María, que nos veamos libres de la tristeza presente y que gocemos de la eterna alegría. Por Cristo Nuestro Señor. Amén.**

Credo y Salve a los Sagrados Corazones de Jesús y de María.

- **Ave María Purísima, sin pecado concebida.**

Oración a San José, durante el *mes de octubre*, para después del Rosario (compuesta y prescrita por León XIII):

A ti recurrimos en nuestra tribulación, oh bienaventurado José, y después de implorar el socorro de tu Santísima Esposa, pedimos también tu Patrocinio llenos de confianza. Por aquella caridad que con la Inmaculada Virgen María te tuvo unido y por el amor paternal con que abrazaste al Niño Jesús, humildemente te suplicamos que vuelvas benigno los ojos a la herencia que con su sangre adquirió Jesucristo y nos socorras con tu poder y asistencia en todas nuestras necesidades.

Protege, oh providentísimo custodio de la Sagrada Familia, a la raza elegida de Jesucristo; presérvanos de toda mancha de error y corrupción; muestratenos propicio desde lo alto del cielo, oh fortísimo libertador nuestro, en la batalla que estamos librando contra el poder de las tinieblas; y, como en otro tiempo preservaste al Niño Jesús de inminente peligro de la vida, defiende también ahora a la Santa Iglesia de Dios contra las asechanzas del enemigo y contra toda adversidad; y a cada uno de nosotros protégenos con tu perpetuo patrocinio, para que a tu ejemplo, y sostenidos por tu auxilio, podamos santamente vivir, piadosamente morir y alcanzar en los cielos la eterna bienaventuranza. Así sea.

3

OTRAS DEVOCIONES DIARIAS

Para los que dispongan de más tiempo y deseen ofrecer a la Virgen diariamente o en circunstancias especiales obsequios, no faltan devociones aprobadas por la Iglesia.

Entre ellas -y sin referirnos ahora a la *Liturgia de las Horas*- destaca el *Oficio Parvo*, que es una reducción del Oficio que rezan los sacerdotes en las fiestas de la Virgen. Data esta oración del siglo X y la rezaban ya los cruzados cristianos cuando marchaban a la reconquista del Santo Sepúlcro. En sus antífonas, himnos y salmos -los mismos que repetían Jesús y la Virgen y, luego, todos los santos de la Iglesia- se van recordando los principales misterios de nuestra Redención. Se considera esta devoción como uno de los medios más eficaces para alcanzar de la Virgen muchas gracias, especialmente el don de la pureza de corazón.

Más breve es el llamado *Oficio de la Inmaculada Concepción*, especie de compendio del anterior, y la *Piísima*, compuesta por San Buenaventura, cuyo fin es el de obtener de María una buena muerte. Cualquiera de estas dos prácticas se puede terminar en un cuarto de hora. Ellas y el Oficio Parvo contienen afectos llenos de devo-

ción si se rezan con pausa, evitando la rutina que la repetición suele traer consigo (*).

(*) El "Apostolado de la Prensa", Velázquez 38, Madrid, editó unos Oficios Parvos de bolsillo, muy manejables. Las otras dos devociones se encuentran en un folleto del "Mensajero del Corazón de Jesús", Bilbao (1936).

4

FELICITACION SABATINA

Ya de antiguo la Iglesia viene dedicando los sábados a honrar de una manera más particular a la Virgen. Así se suelen celebrar funciones especiales y "sabatinas" en su honor. Nosotros hemos indicado también más arriba algún medio de celebrar y obsequiar a María en este día. Sus devotos es principalmente el sábado cuando le ofrecen sacrificios y procuran que su "flor" diaria sea de más mérito y, por consiguiente, más costosa.

Para quienes resulte imposible la asistencia a las celebraciones en la iglesia o deseen celebrar la *Sabatina* en familia o en otras comunidades de jóvenes, catequesis, Congregaciones Marianas, etc. insertamos una que suele utilizarse en muchos sitios.

- **Ave María Purísima. - Sin pecado concebida María Santísima.**

- **Por la señal... Señor mío Jesucristo...**

- **Bendita sea la Inmaculada Concepción de la bienaventurada Virgen María.**

- **Padrenuestro, 3 Avemarías y Gloria.**

- **Bendita sea tu pureza y eternamente lo sea pues todo un Dios se recrea en tan graciosa belleza. A Ti, celestial Princesa, Virgen Sagrada María, te ofrezco desde este dia alma, vida y**

corazón. Mírame con compasión, no me dejes, Madre mía.

ORACION A LA SANTISIMA VIRGEN

Ave, blanca azucena de la resplandeciente y siempre tranquila Trinidad; ave bellísima rosa de la celestial amenidad, de quien quiso nacer y de cuya leche quiso alimentarse el Rey de los cielos; dignaos alimentar nuestras almas con influencias celestiales. Amén.

FELICITACION Y SUPLICA

¡Oh Inmaculada María! Yo os doy mil parabienes uniendo mis alabanzas con las de todos los espíritus celestes y justos de la tierra, por el gran privilegio de vuestra Concepción purísima; doy también gracias a la beatísima Trinidad por el gozo grande que causó a la Santa Iglesia en la solemne declaración dogmática de este admirable Misterio. Y por la suma complacencia que disteis en vuestro primer instante al que tanto se dignó enalteceros, suplícoos acepteis estos pequeños obsequios en compensación de los agravios que vuestro divino Hijo y vos recibís cada día de los hombres.

Pongo confiadamente en vuestras manos las necesidades de la Iglesia y del Estado, y os pido por el Sumo Pontífice, por la exaltación de la fe, destrucción de todos los errores, conversión de pecadores, reforma de costumbres, propagación de todas las misiones católicas, en especial por el bautismo de los niños, así de fieles como de infieles, expuestos a morir sin él,

y por el aumento y propagación de esta devoción. Suplícoos también que concedais a todos, y en especial a los que os tributamos esta cordial felicitación, grande amor a Jesús,y un afecto filial hacia Vos, perfecta pureza de alma y cuerpo y el don preciso de la perseverancia final.

Todo lo dejo en vuestras manos y del todo me consagro a Vos, y os suplico finalmente que en retorno de esta visita nos visiteis en nuestra última agonía. Os lo pido en particular por los que durante este mes se hallen en tan críticos instantes; y os ruego visiteis y consoleis igualmente a las benditas ánimas del purgatorio, pero en especial a las de aquéllos que durante su vida practicaron esta felicitación.

Logremos todos los que aquí nos asociamos para felicitaros la dicha de asociarnos también en el cielo para ensalzar eternamente el gran misterio de vuestra Inmacualda Concepción.

- **Oh María, sin pecado concebida, rogad por nosotros que recurrimos a Vos.**

- **Oración de San Bernardo: "Acordaos..."** (véase en el apartado 6).

- **Ave María Purísima, sin pecado concebida.**

- **Recibid mil parabienes, oh purísima María, mostrad que sois nuestra Madre.**

5

LOS CINCO PRIMEROS SABADOS DE MES Y EL CORAZON INMACULADO DE MARIA

La devoción de los cinco primeros sábados de mes es moderna. La Virgen, apareciéndose a una de las videntes de Fátima, Lucía, el 10 de diciembre de 1925, le dijo que procurara consolarla por las blasfemias e ingratitudes de los hombres, añadiendo su promesa de "asistir en la hora de la muerte con las gracias necesarias para la salvación a todos los que en el primer sábado de cinco meses consecutivos se confesaran, recibiesen la Sagrada Comunión, rezaren la tercera parte del Rosario y me hicieren compañía durante quince minutos, meditando en los quince misterios del Rosario, con el fin de desagraviarme".

Quedan, pues, claramente expresadas las *condiciones necesarias* para obtener la gracia que promete María. La confesión puede hacerse en cualquiera de los ocho días anteriores o posteriores, pero las demás prácticas se han de cumplir precisamente en un *primer sábado* y repetirlas durante *cinco seguidos* sin interrupción.